

DISCURSO DE JOSE MIGUEL SERRANO RUIZ-CALDERON

Me ha correspondido, por vuestra generosidad y pese a mis deméritos, dirigirme a ustedes en este día en el que la Iglesia conmemora la festividad de uno de sus santos, el rey Fernando III, y nosotros, junto con la ciudad de Sevilla y el arma de ingenieros, el de nuestro patrón.

Como sevillano me veo tentado, este día en el que el cuerpo del rey santo se expone en la capilla de la Virgen de los Reyes de la catedral de Sevilla, a recordar lo mucho que aquel rey hizo por esa espléndida ciudad, pero quizás en tiempos de tan mal entendido localismo fuera preferible reflexionar sobre lo mucho que hizo por España y por la Iglesia, de lo que no fue lo menos importante el ser el instrumento por el que Nuestro Señor se dignó recobrar para la Fe la tierra de María Santísima.

También en este año en el que conmemoramos el XIV centenario del III Concilio de Toledo podríamos referirnos a la labor de tantos españoles gobernantes y gobernados, en tiempos de paz o de guerra, derrotados o victoriosos, que hicieron lo posible por que la unidad católica de nuestra patria se mantuviera como su rasgo constitutivo, hasta que hace casi once años, y para nuestra vergüenza se optara por sacrificar dicha unidad en aras de no se sabe qué principios de tolerancia.

Incluso, puestos a traer a colación conmemoraciones, podría referirme al bicentenario de una Revolución que define nuestro mundo contemporáneo, y recordar a otro rey, sin la fortaleza de nuestro Santo, pero que supo finalmente aceptar la desgracia y la muerte con la entereza del creyente, esa entereza que todos deseamos para la hora inevitable en que abandonemos este mundo.

Pero me van a permitir que me refiera a algo que todos ustedes conocen muy bien, algo que hace algún tiempo hubiera sido completamente innecesario referir, pero que hoy en día conviene recordar, toda vez que parece negado u olvidado incluso por quienes más interés, como pastores de nuestro pueblo cristiano, debían tener en propagarlo. A lo largo de la Historia ha habido gobernantes cristianos. Cristianos en el sentido íntegro de la palabra, hijos de la Iglesia que, pese a la miseria indudable de nuestra condición pecadora, hicieron lo posible por vivir conforme a la Fe y, en consecuencia, gobernar conforme a la misma. Gobernantes que se hubieran coriado la mano antes de firmar una ley que propiciara la matanza impune de inocentes, que hubieran sacrificado un reino, incluso la propia vida, antes de dictar leyes o sancionarlas que destruyesen la familia, la fe del pueblo sencillo o los derechos indudables de la Iglesia. Fueron reyes que por eso tuvieron la veneración incondicional de sus pueblos, veneración perdida por las monarquías una vez que se apartaron de los mismos principios que las sustentaban, reyes que constituyeron la Europa cristiana, y a los que

la Iglesia elevó a los altares con el mismo mérito que a monjes, frailes, papas o fieles sencillos.

Es en la Baja Edad Media, deformada como una edad bárbara por una historiografía interesada, el momento en que Europa se vio bendecida por la Providencia con dichos gobernantes, acompañados por la acción de filósofos, teólogos, literatos, guerreros y clérigos que constituyen una sociedad que se confesaba cristiana. No quisiera dar una imagen rosa de una época en que el pecado, como sabemos por nuestra Fe, no podía haber abandonado el mundo, donde junto a santos encontramos terribles pecadores, pero, ¡qué consuelo mirar a San Fernando, San Luis o San Estebán!

El que en nuestros días decir todo lo anterior, en un foro distinto de éste, pueda parecer escandaloso, demuestra hasta qué punto se han oscurecido las conciencias, hasta qué extremo es necesaria la acción de una revista como Verbo, que se resiste a que se olvide o deforme la totalidad del mensaje cristiano. Reducidos al papel de grupo cultural minoritario, no podemos los católicos limitarnos en nuestras aspiraciones a que se nos permita conservar nuestra fe, no se nos agrada demostado abiertamente y se nos admita un culto público tolerado y a veces ensalzado como una manifestación de cultura popular.

Claro que sabemos que no puede haber leyes y una cultura generalizada católica en una sociedad que mayoritariamente no es creyente, y donde un número desiacado de los cristianos están contaminados por la aceptación de un papel que se nos otorga desde fuera, pero ese conocimiento de la miseria de nuestra condición actual no puede llevarnos a aceptar la misma como inevitable, ¿dónde quedaría si no la virtud de la esperanza? Y, desde luego, adonde no puede conducirnos, y desgraciadamente ha sido así, es a renegar de momentos en que la situación era bien distinta y donde, pese a los indudables defectos unidos a nuestra condición, bien podíamos decir que Cristo reinaba. ¡Cuántos católicos han adoptado la actitud de la zorra ante las uvas y no dejan de decir que estaban verdes, como si esto disimulara en lo más mínimo nuestra impotencia!

De los tres reyes cristianos fundadores de naciones a los que me he referido antes, San Fernando, San Luis y San Esteban hay dos, los nombrados en primer lugar, cuya vida, amén de por los lazos de la sangre, está unida por un claro paralelismo. Ambos vivieron en épocas cercanas: San Fernando vino a nacer cerca de Zamora en 1199 y a morir en Sevilla en 1252; San Luis vivió entre 1226 hasta 1270. En la vida de ambos el papel de sus madres fue importantísimo, si es que de alguien se pudiera decir que dicho papel no fue fundamental: Blanca de Castilla ejerció la regencia hasta la mayoría de edad de su hijo Luis, inculcándole la profunda fe a la que acomodaría todos los actos de su vida el rey Santo, frente a la terrible frase de las madres, espartanas, prefiero que vuelvas sobre el escudo a que vengas sin él. Blanca no dejó de decirle a su hijo, prefiero verte muerto antes que en desgracia de Dios por el pecado mortal; Berenguela, por su parte, cedió el trono de Castilla a su hijo Fernando frente a las pretensiones del que fue su marido.

Los dos reyes combatieron por sus reinos contra las rebeliones de los nobles leñaticos e impusieron la autoridad real, haciendo, sin embargo, gala de una clemencia hoy desconocida. Ambos fueron justos y reformaron las leyes de sus reinos con indudable beneficio para sus pobladores, ambos fueron buenos hijos de la iglesia a la que col-

maron de favores y donaciones. Pero, sobre todo, los dos sintieron la llamada de la Cruzada contra el infiel, y si bien la suerte de ambos fue completamente desigual, victorioso San Fernando, siempre derrotado San Luis, no fue porque ambos no pusteran el mismo celo en su empeño. Quisieron llevar la guerra a Africa y vieron frustrado su propósito: San Luis muriendo en Túnez, San Fernando falleció en Sevilla antes de poder emprender su aventura. Ejemplar muerte la de estos reyes, que culminó una vida igualmente ejemplar. El nuestro, pese al éxito que había acompañado su vida, pese a su gran poder, sabedor de que el más grande de los hombres había sido el humilde carpintero de Nazareth, no dudó en tenderse en un lecho de cenizas y ponerse una soga al cuello para reunirse con aquel que le estaba esperando.

En estos momentos en que se nos convoca a la labor de reconstruir Europa, bueno será recordar que hubo un momento en que nuestro continente, al que prácticamente se reducía la Cristiandad, estuvo espiritualmente unido. Con una conciencia de unidad que sólo se rompería por la acción, primero de la Reforma protestante, que acabó con la unidad religiosa al apartarse un sector amplio de la población europea de la verdadera fe; extremo que es bueno recordar en estos momentos de exaltación ecuménica, ya algo remitida. El segundo factor que acentuó la división de nuestras sociedades fue la explosión nacionalista cuyas terribles consecuencias pueden observarse a través de la historia de los siglos XIX y XX. De ambos factores fueron inocentes los que no se dejaron atraer por los errores de la modernidad, en ambos no hubieran caído nuestros santos a quienes repugnó el enfrentamiento entre reyes cristianos y, con acierto, señalaron dónde se encontraba el verdadero enemigo.

Con nuestro Pontífice recordamos, en presencia de los tres reyes santos a los que nos hemos referido, el grito de Europa, encuéntrate a ti misma, es decir, encuentra tu sentido en la fe cristiana. A ello ha dedicado sus esfuerzos la Fundación Speiro y, justo es, al final de esta intervención, agradecersele.